

---

---

## PLATICA XIX.

QUE LA VERDADERA ESPERANZA ES LA QUE REUNE A LA  
SEGURIDAD, DE PARTE DE DIOS, EL CONTINUO  
TEMOR DE NUESTRA PROPIA FLAQUEZA.

—  
A 24 de Agosto de 1696.  
—

Como para remontar ligera hasta el cielo sus vuelos, ha menester una ave ambas alas, porque una ala sola bastando para el embarazo, no alcanza para el vuelo: así nuestra esperanza, si se ha de remontar mas allá de los cielos hasta la misma vista de Dios, ha de ser entre las dos alas de la seguridad y el temor; porque si la seguridad sola pudiera ocasionar algun descuido, el temor, asistiéndola siempre, no deje dormir al cuidado; y si solo el temor pudiera desmayar alientos de conseguir la seguridad, le ponga ánimo para batallar.

Preciábase delante de Scipion un soldado romano, de que tenia un escudo, no solo en la labor y artificio bien grabado y pulido, sino tambien en lo fornido y bien templado, impenetrable á los dardos enemigos. «Muy bueno es tu escudo, le respondió Scipion; pero un soldado romano no ha de poner la confianza solo en el escudo que lo defiende,

sino tambien en la otra mano que maneja con brío la cuchilla.—¡Oh, cuánto mejor dijera á nuestro intento: un soldado cristiano, que ha de escalar con la esperanza el cielo, no ha de fiar solo de la mano que lo asegura; no ha de contentarse con la seguridad que le dá el escudo de la esperanza; ha de mover tambien sin censar la otra mano, si quiere lograr con la victoria la deseada corona! Ésa es la definicion de la Esperanza, segun el maestro de las Sentencias, á quien siguen con Santo Tomás los Teólogos. Esperanza dice: *Est expectatio certa futurae beatitudinis, proveniens ex gratia Dei, et meritis nostris.* (Magis. in 3. dist. 26. D. Th. 2. 2. q. 18. art. 4.) Es un esperar con certidumbre la verdadera bienaventuranza, que hemos de conseguir por la gracia de Dios, y por nuestros méritos.

Ya, pues, oyentes míos; entramos hoy á ver cómo ha de ser nuestra esperanza. Vimos ya que es lo que esperamos la bienaventuranza, y para ello todos los medios necesarios: vimos ya de quién y por cuya mano, lo esperamos: en Dios, que sobre ser un amor, una verdad, una liberalidad y misericordia infinitas, es tambien infinitamente poderoso. Réstanos saber de parte de nosotros, cómo hemos de esperar. Eso es lo mismo que pregunta el Catecismo. Hásmelo dicho, que lo que esperamos es la bienaventuranza. Pero esta bienaventuranza, pregunto yo ahora: *¿Con qué medios se alcanza?* R. *Con la gracia de Dios y méritos de Jesucristo nuestro Señor, y nuestras buenas obras.* Hé aquí, pues, las dos alas conque la esperanza vuela hasta el cielo; y hé aquí las dos manos conque la Esperanza batalla hasta conseguir la corona: la una, la mano de Dios que no cesa de dar-



nos su gracia; y la otra, nuestra propia mano que ha de cooperar con las buenas obras, correspondiendo á sus auxilios. Ni Dios por sí solo lo quiere hacer todo, ni nosotros solos sin Dios pudiéramos hacer nada. Por eso, pues, pone Dios la gracia y el auxilio; y con él ayudados nosotros, hemos de poner la cooperacion; quiero decir, las obras buenas. Ya, pues, de aquí nacen en la verdadera esperanza juntos la seguridad y el temor. La seguridad de que de parte de Dios jamás nos faltarán los medios necesarios por su infinita misericordia; pero esa seguridad mezclada con un continuo temor de nuestra flaqueza, de nuestras malas inclinaciones y de nuestros perversos apetitos, que no sabemos si nuestro libre albedrío, arrastrado de ellos, despreciando los llamamientos divinos, no haciendo caso de los divinos auxilios, nos irá precipitando en los pecados, hasta que en aquellos, cogiéndonos la muerte, nos precipite en el infierno. *Cum timore, et tremore*, nos dice por esto el apóstol, *cum timore, et tremore vestram salutem operamini*. Con temor y temblor habeis de obrar vuestra salud. Este temor santo ha sido el que espoleando siempre á los justos, los ha hecho acaudalar virtudes y méritos que gozan en la gloria; y por el contrario, la seguridad desnuda del temor, es la que engañando siempre á los pecadores, los ha arrojado en el infierno: *Formidare debent*, nos dice el sacrosanto Concilio de Trento: *formidare debent scientes, quod in spem gloriæ, et nondum in gloria renati sunt*. (Conc. Trid. ses. 6. cap. 13.) Fieles. Fieles, la esperanza de la gloria esa es la que tenemos; la posesion de la gloria no la hemos alcanzado. ¿Y quién sabe de los presentes, si en la terrible batalla con el demonio, con el mundo y la car-

ne, dejándonos llevar de su apetito, despreciando los divinos auxilios, obstinándonos á las divinas inspiraciones, nos cogerá en pecado mortal aquel amargo punto de la muerte? ¡Oh Dios! Aquí es donde tiemblan y se estremecen las mas firmes columnas del cielo: aquí se sacuden los mas altos cedros del Líbano: aquí es donde encorbados gimen los mayores gigantes de la Santidad.

No es, pues, la certidumbre de la Esperanza, como la certidumbre de la Fé; porque ésta es del todo segura por todas partes, cierta é infalible. ¿Por qué? Porque toda la certidumbre de la Fé está de parte de Dios, que es quien nos dice las verdades que creemos; y así, por ningun lado puede faltar. Mas la certidumbre de la esperanza, no solo está de parte de Dios, por donde jamas puede faltar, sino que envuelve nuestra cooperacion, nuestras buenas obras, nuestros méritos. Y por este lado, ¡oh, qué peligro hay de que nuestro alvedrío y nuestra misma voluntad nos condenen! De parte de Dios una certidumbre tan firme, que en ella hemos de tener total seguridad; pero de parte de nosotros una flaqueza tan débil, tan caediza, que nos ha de tener siempre en un temor continuo.—Pues, padre, ¿cómo pueden juntarse acerca de una misma cosa, seguridad total de conseguirla y temor continuo de perderla?—Preguntais bien, y yo os lo responderé con San Pablo. Ponen al fin de la carrera el premio para el que lo alcanzare corriendo; el premio está seguro, está cierto no hay duda; ¿mas para quién está cierto?—Para el que corriere.—¿Pues qué se sigue de aquí?—Correr, correr, cierto, y seguro de que allaré el premio; pero temeroso de que lo perderé, si no corro: *Ego igitur sic curro non quasi in incertum*.—Pues así co-



rro yo, dice el Apóstol, no á cosa incierta, no, que la tengo segura: *Non quasi in incertum*. Pero no ceso de correr con las buenas obras, porque el temor de que he de perder aquel premio si me paro, espolea, alienta y aviva mi esperanza.

Pero hé aquí dos extremos peligrosos que debe evitar la Esperanza. El uno, si el temor es tan nimio que olvide la seguridad, cae en la desconfianza y se puede precipitar en una lastimosa desesperacion. Por aquí peligran los que desconfiados son cansadamente escrupulosos; los que muy llenos de su amor propio, y nada confiados en Dios, continuamente traen levantados en su corazon cadalsos, cuchillos, horcas; y nada miran sino rigores, venganzas, justicias, sin acordarse que hay en Dios un amor de padre para los que le aman, y una misericordia infinita para los que le buscan. El otro extremo es, si la seguridad es nimia, de modo que olvidando el temor, dá en una temeridad loca, en una presuncion necia, que engañando las almas, las condena. Por aquí corren precipitados al infierno los rematadamente pecadores. Uno y otro es peligroso; pero mayor el de la presuncion, que no haciendo caso de sus culpas, muy locamente se asegura. Sucede en las heridas del alma lo que en las del cuerpo: en éstas, si la herida se incha mucho, es peligrosa, dice el antiguo médico Celso; pero si nada nada se hicha, es peligrosísima: *Nimis intumescere vulnus periculosum; nihil intumescere periculosissimum*. (Cels. l. 5. c. 26) Peligro tiene el que cargando mucho hácia el temor, con alboroto é inquietud olvida la seguridad; pero el que cargándose todo á la seguridad, olvida el temor, y teniendo heridas terribles no hace caso con una loca presuncion, está en estado peligrosísimo.

—Oh, padre, me dice ya una alma escrupulosa, que vivo en unas congojas, en unas aflicciones terribles de si me condenaré. Padre, ¿si me condenaré? A esta no le respondo yo por ahora, sino con repetirle las formales palabras de este librito de oro de *Contempus mundi*; (Kemp. *de Imit. Crist. l. cap. 25.*) y son estas: Como uno estuviese muy acongojado, y entre la esperanza y el temor dudase muchas veces; una vez, cargado de tibieza, se arrojó delante de un altar en la Iglesia para rezar, y revolviendo en su corazon varias cosas, dijo: ¡Oh, si supiese yo que habia de perseverar! Y luego oyó en lo interior la divina respuesta. ¿Qué harías si eso supieras? Has ahora lo que entónces harías, y estarás seguro. Y al punto consolado y confortado, se ofreció á la divina voluntad. Alma tímida, alma desconfiada, ¿dónde has olvidado las promesas de tu Dios? ¿Dudas? ¿Te estremeces? ¿Tiemblas? Pues vete cada día asegurando mas y mas con ir haciendo buenas obras. Así te promete la seguridad mi padre San Pedro: *Magis satagiti, ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis*.—Ya, padre, ya procuro hacerlas; pero me parece que no merezco en ellas: unas comuniones tibias, un rezo tan sin devocion, tan poco fervor como siento. ¿Pues qué he de hacer?—¿Qué ignorancia! Esa es muy peligrosa tentacion conque quiere el demenio que las dejes. Obra tú y fia de Dios, que es tan buen pagador, que te ha de premiar hasta un jarro de agua que des con misericordia. No ceses en tus obras buenas, aunque te parezcan muy menudas, que á cargo de Dios está el premio.

Un santo viejo Anacoreta, tenia lejos de su choza la fuente donde iba por agua; dió en fatigarse



ya con la vejez, y para no cansarse tanto, determinaba poner su choza algo mas cerca de la fuente. (Eng. t. 1. *Lux. Ev. D. Spe.* § 3.) Esto iba pensando entre sí, yendo por el agua; cuando hé aquí un ángel en forma visible, que sin hablarle palabra iba contando con los dedos: uno, dos, tres, cuatro. ¿Qué haces? le dijo el viejo, y el Angel contestó: voy contando los pasos que dás hasta la fuente, porque por cada uno de ellos te ha de corresponder en el cielo el premio. ¡Oh, soberano Dios! exclama el santo viejo; pues si así pagas aun el número de los pasos, ya no he de acercar mi choza, antes la he de poner mas allá, para que con mis pasos se aumenten mis méritos. Así lo hizo, y la puso media milla mas distante. Mira ahora tú, ¿cómo no te contará Dios tus buenas obras? Alma desconfiada, acuérdate que el mismo David, que unas veces atendía en Dios solo su justicia, *Memorabor justitiæ tuæ solius.* (Ps. 70.) otras veces miraba tambien á Dios como misericordia todo; *Deus meus misericordiã mea.* (Ps. 58.) y otras para gobernarse bien en sus pasos, juntaba en su consideracion una y otra, justicia y misericordia: *Misericordiam, et judicium cantabo tibi Domine.* (Ps. 100.) Este es el camino seguro, atendiendo siempre á estos extremos.

Ahora, Señores, el temor junto con la seguridad, esa es verdadera esperanza. Antes de pecar hemos de temer la Divina Justicia, dice San Gregorio el Grande; pero si hemos pecado, hemos de esperar con toda seguridad en la divina misericordia; pero fiados en esta esperanza arrojarnos en una y otra, ese es el otro extremo peligrosísimo de la presuncion de que está lleno el infierno. Dicen los médicos, que contra el veneno de la cicuta, si despues

se bebe vino, es antidoto que la sana; pero si con ese mismo vino se bebe la cicuta mezclada, no tiene remedio el veneno. La esperanza es nuestro remedio despues de caídos en las culpas; pero confiados en la esperanza cometer las culpas, es hacer de la esperanza condenacion. ¿Cómo es vuestra esperanza, católicos? Viviendo en continuos deleites, gustos y pasatiempos: cometiendo continuas culpas; y luego, que Dios es grande; que Dios es padre, y que Dios es misericordioso. ¡Oh, qué seguridad tan engañosa! ¡Qué esperanza tan llena de abominacion! *Spes illorum abominatio animæ.* (Job. cap. 11. v. 20.)

Estaba el Santo Fr. Gil, discípulo de San Francisco, retirado en una gruta, haciendo allí una terrible penitencia: fuéronle á ver por su fama dos grandes personajes de mucha autoridad, regalo y rentas; y muy compungidos cuando le vieron en aquella tan terrible aspereza, despues de conversar con él un rato, le rogaron mucho que los encomendara á Dios. «En verdad, Señores, respondió Fray Gil, que vosotros sois los que me habeis de encomendar á Dios, que teneis mas fé y mas esperanza que yo.»—¿Nosotros? dijeron ellos.—«Sí, porque yo estoy aquí retirado del trato humano, vestido de este sayal tosco; mi cama es el suelo, una piedra mi cabecera; y con todo esto, siempre estoy temblando, si me he de condenar, y á cada paso temo caer en el infierno. Y vosotros vestidos de holandas y púrpuras, ruando carrozas, servidos de criados, muy regalados y asistidos; con todo esto vivís confiadísimos de que habeis de ir al cielo. Encomendadme á Dios, Señores, que mas fé y mas esperanza teneis que yo.» Con esto los dejó bien advertidos. ¡Ah, oyentes míos! Ver á un Job, que se



quisiera esconder en el infierno temblando de la ira de Dios; y ver luego al que solo cuida de su regalo, sin hacer ni una sola obra buena, la seguridad con que se promete la gloria. ¿Qué seguridad es esta? Un Hilarion, despues de setenta años de desierto, tiembla y se extremese al despedirse el alma; ¡y vive muy confiado de ir al cielo, quien no puede contar sino muchos años de culpas? ¿Qué confianza es esa? Saber que sin buenas obras no se puede adquirir el cielo, y vivir entre pecados mortales, atendiendo solo al regalo, á la vanidad, al pasatiempo, ¡y con esto esperar el cielo? ¿Qué esperanza es la vuestra, católicos? ¿Tanta seguridad en lo que tanto peligrá, y en lo que vá tanto? ¿Tanta confianza en lo que pende de un punto, y tanto descuido en lo que ha de ser eterno?—Tiempo habrá para hacer penitencia, decís.—¡Y si Dios, en castigo del que has malogrado, te quita el tiempo!—Yo soy libre, y en un instante puedo arrepentirme.—¡Y si endurecida tu voluntad, refinando el demonio su batería, turbada el alma entre congojas, arraigados los afectos, y mas vivas las representaciones, no puedes arrancar tu alvedrío á seguir de Dios los auxilios, como ahora no los sigues, y en esto llega la muerte! ¡Ah, confianza necia! ¡Ah, presuncion diabólica! ¡Y ah, temeridad ciega, que así á todo un infierno te precipitas!

Cuenta San Pedro Damiano (Pet. Dam. l. 6. cap. 30.) que un Monge, despreciando de una en otra sus obligaciones, llegó así á estar tan lastimoso de perdicion, que deseoso de entregarse con mas seguridad á sus gustos, sin el temor de la muerte, hizo pacto con el demonio de que le entregaria su cuerpo y alma, solo con una condicion.—¿Cuál es?—Que tres dias antes de mi muerte me has de

venir avisar, cómo ya llega.—Convengo en ello, dijo el infernal enemigo; y el Monge con esto se entregó desbocado á sus culpas, viviendo tan ageno de su estado, como de su conciencia y de su Dios, que no cesando de repetirle al alma inspiraciones, todas las despreciaba muy seguro con decir: tres dias tengo, y en tres dias tengo tiempo bastante para confesar mis culpas, para arrepentirme de ellas y ganar la gloria. Llegó el caso, que ha de llegar á tí y á mí. Acercósele la muerte, y vino el demonio muy puntual, y díjole claro que dentro de tres dias era su muerte. ¡Oh, qué aviso tan terrible áun para los mas santos! ¡y cuál seria para quien así habia vivido? ¿Qué suspiros, que lágrimas lloraria, qué arrepentimientos? Pues nada menos: muy turbado sí, llamó á los Monges todos, refirioles el órden todo de su lastimoso estado, y cómo al fin ya le habia avisado el demonio. Ea, aliento, le dicen: lograd este tiempo siquiera, no se pierda todo, hermano, que un arrepentimiento verdadero, todo lo podrá remediar con aquella infinita misericordia: trate de hacer V. una confesion general y contrita.—Pero al punto que le nombran confesion, se queda en un profundo sueño dormido.—Hermano, que no es tiempo de dormir. No valian las voces. Esperaban los Monges, y entretanto divertian entre sí la conversacion de otras cosas; al punto volvia el enfermo, y proseguía hablando con ellos. Pero en volviendo á nombrarle la confesion, al instante se quedaba dormido. Aftigidos los Monges no se apartaban de la cama, y el enfermo á cualquiera conversacion muy divertido; traíanle razones, argumentos, ejemplos de la infinita misericordia de Dios, oíalos todos; pero todos en vano, porque en llegando á decir que se con-



fesara, al punto se quedaba dormido. Así se pasaron los tres días, hasta que al cabo de ellos, sin la menor señal de penitencia, dió su alma á los demonios, que en figuras de unos perror muy negros, en muchos dias no se apartaron de su sepulcro. De estos avisos ya yo he visto darlos á muchos, y los he llorado en no pocos católicos. Yo bien sé que Dios nunca me faltará con sus auxilios; pero no sé si á la hora de la muerte corresponderá mi perversa voluntad á sus auxilios para alcanzar su gloria.

---



---

## PLATICA XX.

DE LA CARIDAD.

—  
 A 30 de Junio de 1690.  
 —

Como entre los metales se aventaja de precio el oro; como entre los elementos se eleva superior el fuego; como sobre todos los cielos se sublima eminente el Empíreo; como sobre todos los astros y planetas, descuella el sol presidente de las luces; y como sobre todos los coros de los Angeles, son los mas sublimes los Serafines; así entre todas las virtudes descuella y se aventaja superior á todas, la caridad. (Cornel. *in Deut. cap. 6. vers. 5.*) Ella es el oro finísimo conque compramos los mas inestimables bienes: ella es el fuego celestial y divino que enciende los corazones: ella es cielo Empíreo, en que Dios tiene su habitacion: ella es el sol que todo lo alumbra, lo hermosea, lo fecunda y vivifica: y la caridad en fin, es la virtud que sabe fabricar de hombres, serafines; de esclavos del demonio, amigos é hijos de Dios; y de mercedores del infierno, herederos dichosos de una eterna gloria. Es la que dá vida á las virtudes, la que dá valor á los méritos; es la que nos hace patentes todos los divinos tesoros, y es la que nos abre los cielos;